

Mario Levrero

Gelatina

De *La máquina de pensar*, Irrupciones Grupo Editor, Montevideo, 2010.

a Tola y Milka

La primera bocanada de humo me produjo náuseas. La boca llena de saliva, busqué un lugar libre, sobre el piso, donde aplastar el cigarrillo, y me levanté. Hubo quejas, como siempre; no les presté atención. En el baño abrí la canilla, salía apenas un hilo muy delgado de agua; me mojé los ojos y traté de enjuagarme la boca, pero seguí sintiendo mal gusto. Salí afuera.

El cielo iba aclarando. Hacía frío. Me abroché la campera; tenía pan y chocolate en los bolsillos, mordisqueé unos trozos. Los labios me quedaron sucios, por el chocolate. Los limpié con la manga, pero la sensación persistió.

Estuve un rato parado en la esquina. El almacén estaba cerrado, y los postigos de madera no son malos para recostarse. Pensé que cuando se fueran del parque podría dormir, aunque me resulta difícil, al sol; de todos modos, el parque nunca queda totalmente vacío, y prefiero que no me vean. Luego me saqué de la cabeza la idea de dormir. “Más vale que no siga pensando” —me dije—, “Mejor buscaré alguna cosa para hacer”.

* * *

Anselmo ya estaba trabajando en ese agujero, le sorprendió verme tan temprano.

—Desperté solo, de golpe —le dije, y agregué que venía a ayudarlo. Me alcanzó una palita no más grande que mi mano, sin hacer comentarios, pero me observaba de reojo.

Estuvimos sacando tierra, en silencio, yo la ponía en un balde y cuando el balde se llenaba él iba a vaciarlo. Salió el sol y empezó a hacer un calor infernal, pensé en dejar de escarbar pero seguí trabajando un rato, por inercia, y tenía miedo de aburrirme. Después le dije que me iba. Dijo que mañana encontraríamos piedra, habría que usar el taladro, que me diera una vuelta. Le dije que tal vez, sin comprometerme. Dijo que estaba loco si pensaba cobrar por esa miseria de tierra extraída y yo me reí y le dije que había sido por placer, de todos modos me alcanzó un paquetito, algo envuelto en un grasoso papel de estraza.

* * *

Cerca del mediodía fui a la explanada, no tanto por ver a los ciegos sino por la sombra, aunque son cómicos los ciegos, cómo caminan ayudándose y luego se pelean; no había mucha gente mirando y después de un rato deprimen. Son sucios y, en su mayoría, andan

desnudos; los hombres desnudos me dan asco. Hay algunas mujeres, muy pocas, todas están vestidas y son muy flacas.

Un grupo empezó a pelearse por una mujer y me sentí mal y me fui a las ruinas. Es un lugar que me encanta y siempre está vacío; salvo alguno que otro, la gente no sabe apreciar las ruinas, y el lugar es tan amplio que se puede andar y andar sin ver a nadie, y como no tengo dinero no es peligroso, pero Ruth me dijo que hace días mataron a uno, y no fue por dinero.

Desaté el paquete y vi que era una milanesa entre dos tajadas de pan, me alegré de que Anselmo me hubiera dado comida, porque no tenía ganas de ir hasta allá y esperar. Comí recostado contra una pared que me gusta, conserva dibujada la forma de los escalones, parece que la escalera estuviese allí, invisible. El empapelado es tonto, una flor de lis repetida, pero al echarse a perder y descascararse adquirió cierto interés. Busqué sombra, entre unos escombros, y me dormí.

* * *

El sol se corrió y me dio en la cabeza; desperté malhumorado; hubiera querido seguir durmiendo. Tenía los ojos hinchados y necesitaba lavarme la cara, pero era imposible. Me escupí las manos y me pasé saliva por los ojos. Quedaron peor, más pegados.

Dirigí mis pasos hacia la fuente (imaginaba que seguía seca), porque calculé que ya se estaría formando la rueda. Tanteándome el bolsillo comprobé que la moneda estaba allí.

* * *

—Hace dos días que no pagas —dijo el Rengo, y le extendí la moneda. Luego siguió hablando, mientras yo me sentaba en la piedra—. Prefirió meterse en la gelatina —decía— antes de que le quitaran un puto peso. Da asco, esa gente da asco —y escupió hacia un costado, con auténtico odio.

Se hizo un silencio, y yo sabía, juro que lo sabía, que el Enano me lo iba a preguntar. (No es enano, en realidad, sino bastante alto).

—¿Y tu Lilli? —dijo, sonriendo estúpidamente—. ¿No has visto a tu Lilli?

Yo escarbé el suelo con la punta del zapato y lo insulté, con la cabeza gacha. No tienen por qué hacerme acordar. Me pidió disculpas, y dijo que no quería burlarse, que había sido una pregunta simpática, que todos tenemos una Lilli en algún recoveco del corazón; le dije que se callara, o que cambiara de tema, entonces el Ulises hizo trampa en la rueda y me alcanzó el mate, pero nadie protestó, y el Gusano se puso a hablar de los cigarrillos; dijo que podríamos hacer una nueva incursión colectiva, la última había resultado excelente. A mí todavía me quedaban algunos, pero di mi aprobación porque quería hacer algo. Odio la inactividad, me hace pensar.

Se discutió, y al fin nos pusimos de acuerdo para el día siguiente; se convino que podíamos extender los fines e incluir el alcohol. Me gustó la idea, porque necesitaba alcohol, y además porque veía inquietud en la rueda; pensé que todavía se podía hacer algo con ellos, me enerva ver desperdiciándose a la gente que tiene tanto en común.

* * *

Me hicieron pensar en Lilli, no quería. Me trabaja la cabeza durante horas, y siempre concluyo en que no hay manera cierta de encontrarla. Y de encontrarla, ¿qué? Entonces me río y, cuando puedo, me emborracho.

* * *

Muy temprano para volver al cuarto. Podría dar una vuelta por el centro, pero a pie. Había gastado la última moneda, y no tenía ganas de conseguir otra; únicamente que se diera la oportunidad. Es un problema de inspiración.

No me importa caminar mucho, pero el centro, la mayoría de las veces, me deprime; luego, el regreso se hace interminable. Con todo, empecé a caminar hacia allá.

* * *

Noté que las líneas que marcan el margen de seguridad habían sido corridas nuevamente, y tuve que dar un rodeo.

“Se extiende” —pensé, pero la gelatina no me preocupaba desde hacía mucho. Quiero decir que no fue una frase triste, como podría pensarse. Simplemente estimativa.

Cerca del centro descubrí por qué me deprime, o al menos una de las razones. Son las mujeres. No sé si por la luz artificial, las veo distintas. Se parecen casi todas a Lilli, desde cierta distancia. Seguí a una, pero me llevaba mucha ventaja y entró en el borbollón y la perdí; estoy seguro de que no era ella. Siempre hago lo mismo.

No quise meterme en el borbollón y tomé por una calle lateral. Oí ruido de vidrios y me apresuré, pero la gente ya se dispersaba, entonces volví a doblar y, con un sentimiento de frustración, me alejé de allí.

Distraído, caí en la tontería de pasar cerca del punto de reunión de las gordas, aunque nunca se sabe, últimamente, dónde lo pueden encontrar a uno. Se me echaron encima como fieras y me vi obligado a correr; al fin logré zafarme, pero tuve que sacrificar a un pobre tipo, desprevenido, que se puso a aullar. Sentí pena.

Al recostarme contra una pared, para recuperar aliento, fui atacado por un par de sensaciones. Tenía hambre y, a pesar de tratarse de ellas, la persecución me había despertado deseo sexual. Por un momento tuve la loca idea de volver y entregarme a las gordas. Me reí. Fastidiado, comprendí que no tenía más remedio que conseguir dinero, aunque no tuviera ganas, y me +puse lentamente en movimiento, con esa finalidad.

* * *

Ya era plena noche. No había conseguido nada. “Claro —pensé— cada día tiene que ser más difícil”. Al fin me decidí y entré al borbollón. Hay que tomar más precauciones, porque ahí no se trata del más fuerte ni del más ágil; donde a uno lo descubran no tiene suerte, la gente lo pisa, lo aplasta, lo desintegra.

Es una pena porque una rubia me estuvo siguiendo un trecho. “No está mal” —pensé, pero aún tenía los bolsillos vacíos, y pronto se perdió de vista; es cierto que ella podía tener dinero, y manejé la idea un

instante, pero en ese sentido soy un poco chapado a la antigua. El maldito orgullo, siempre me trae problemas.

Conseguí una billetera con una buena suma. Me resultó tan fácil que pensé en una trampa, como le pasó una vez al Ulises. Por suerte pudo escapar con la cartera de la mujer, casi pierde la vida. No entiendo el retorcimiento mental de esos tipos que tienden trampas, supongo que formará parte de las distracciones ociosas de los ricos.

Salí del borbollón y traté de orientarme por una calle lateral. Había luna, aunque muy pobre. Exceptuando la avenida, no hay casi iluminación en las otras calles. Guardé la plata en el lugar secreto y tiré la billetera. Me molesta andar con plata, uno se expone a cualquier cosa. Siempre pensé que era mejor alguna forma de intercambio.

* * *

Pagué el refuerzo de salame con un billete chico que había separado previamente y que apretaba en un puño.

Discutí el precio para disimular, no fuera que se dieran cuenta que tenía plata.

La calle de las prostitutas no estaba lejos.

—Señor.

—Señor.

—Señor.

—Señor.

—Señor.

—Señor.

—Señor.

Elegí apresuradamente porque no quería seguir escuchando esa palabra. La hubiera preferido más joven. Arreglamos el precio.

—En el túnel es más caro —dijo, pero yo lo sabía y, de todos modos, era más barato que en la casa, y tenía la ventaja de ser más privado—. Escúcheme —dijo, luego, tomándome del brazo y bajando la voz—. Le conviene pagarme e irse. Se va a meter en un lío.

—¿Por qué? —pregunté.

—Soy virgen —respondió; solté una carcajada. Se molestó porque no le creí, no me entraba en la cabeza, tenía más de treinta y cinco, quizás cuarenta. Volví a reír.

—Yo le advertí —dijo fríamente, y la noté un poco nerviosa.

* * *

Nos pusimos de rodillas y comenzamos a avanzar por el túnel. Nuestros cuerpos se rozaban y yo aprovechaba para manosearla, pero era incómodo. Antes de entrar ella se había bajado las medias, para no romperlas. Me dolían las rodillas. Yo no me decidía por ningún sitio;

al fin se cansó y me hizo doblar hacia un hueco, a la derecha. Había un cabo de vela y lo encendí.

—¿Es necesario que haya luz? —preguntó y le dije que sí. Se desvistió desganadamente mientras yo la miraba.

—¿Bien? —pregunté, porque se detuvo al llegar a las últimas prendas.

—Es adelantado —dijo, con voz ronca.

Mientras yo metía la mano entre mis ropas y extraía el dinero, del bolsillo secreto en el calzoncillo, ella, con cierta timidez, terminaba de desvestirse.

Tenía un cuerpo que no valía nada. Rellenos en la ropa, por todas partes. De todos modos la acaricié, pero me sentí estafado.

—Por favor —dijo—, no me haga daño.

En honor a la verdad hubiera preferido darme vuelta e irme. No veía la necesidad de gastar dinero en eso. El deseo había desaparecido como por encanto. Pero no me atreví a ofenderla.

Nos quedamos mirándonos en silencio. Me seguía pareciendo atemorizada.

—¿Qué espera señor? —preguntó, al fin; no había insolencia en el tono, ni urgencia.

* * *

—Rápido, la mano —dijo la voz, y sentí el revólver en la espalda, y alguien puso la almohadilla a mi alcance. No podía seguir discutiendo. De nada vale alegar ignorancia, ante la ley.

—Yo te expliqué —me dijo ella—. No me hiciste caso.

Su prenda manchada de sangre estaba allí, sobre un banco de madera, como prueba legal.

El revólver insistió. Apreté con odio la mano contra la almohadilla. Ahora, sobre el papel. Toda la mano. Una huella verde. Después tuve que pasar la prueba con ese cura gordo, de cara repulsiva.

—Señorita Magenta Inés... por esposo al Sr...

Mi nombre no importaba. Yo declaré Marco Tulio, como me llaman —creo que me lo puso el Rengo, y nunca supe por qué.

Incluso le dieron un ramito de flores. Blancas.

* * *

El ómnibus empezó a llenarse y llenarse y me sentí mareado, pero por muchos motivos. Magenta se apretaba a mi lado, con rostro feliz. Le hubiera pegado. Su expresión soñadora. El boleto cuesta casi el doble de lo que ella cobra. No sé cómo hace la gente para viajar.

El ómnibus cargaba tanto que apenas se movía. Uno cada seis horas, hay que tenerlo en cuenta. Habíamos logrado, mal que bien, sentarnos

al fondo. Luego fue que comenzó a llenarse. Manos, piernas, sombrillas, carteras, nalgas, todo nos refregaban por la cara.

Una mujer de expresión plácida, vestida de naranja, apoyó cómodamente su sexo en mi mentón, cuando alcé la cara para mirarla. Sonreía descaradamente. Me dio no sé qué moverme.

Luego desmayos, se nos caían encima. En el momento de bajarnos no pudimos, nos pasamos varias paradas. Era agotador. Yo empujaba y empujaba, Magenta aprovechaba el hueco que iba formando mi cuerpo antes de que se cerrara. Me revisaron los bolsillos, pero no llegaron al secreto. A ella le manosearon el relleno, también con mucha tranquilidad. Le sacaron la cartera.

Cuando se abrió la puerta ante mí, aprovecharon el impulso que tomé para descender, quitándome la campera limpiamente; a ella el saco y, no sé cómo, los zapatos.

* * *

Varios días después. De madrugada. Un sueño violentamente erótico, acerca de Lilli. O quizás no era ella, pero yo quería que fuera. Me desperté, y alguien jugaba con mi sexo; a la luz del fósforo vi que era esa peste, la chiquilina del matrimonio viejo. Le di una cachetada pero no lloró, tenía miedo de que se enteraran los padres. Aproveché que el fósforo seguía prendido y encendí un cigarrillo; hubo protestas.

Busqué a Magenta, luego recordé que estaba trabajando, con el que nunca se saca el sombrero. No sé cómo soporta el asco. Aunque más no fuera por el color hepático de la piel, la nariz afilada.

Me levanté para ir al baño; tuve suerte porque había agua. Luego no quise volver allí y comencé a subir la escalera. La escalera bordea una estructura de hierro pintada de negro, que tiene un hueco en el centro, y hay cosas colgando. Creí que nunca llegaría allá arriba, estaba cansado y con sueño. Pensaba en Lilli.

* * *

Por casualidad hallé un sitio en el pasto. Dormí. Al despertar, vi que había salido el sol, y que la gente del parque se reía, por la ubicación de mis manos.

* * *

Me encontré sin saber qué hacer, no tenía ganas de ir a ningún lado. Después me di cuenta que tenía hambre, y compré un refuerzo de mortadela. Extrañaba la rueda de la fuente, pero hasta la tarde no habría reunión. No los había visto, ni a ellos ni a nadie. Me pregunté qué habría pasado con la incursión. Yo seguía necesitando alcohol, más que antes. Cigarrillos podía comprar, ahora tenía dinero, pero con el alcohol es distinto, hay que conseguirlo. Seguramente no me habían guardado nada.

Entonces, a pesar de que queda un poco lejos, decidí ir al puerto, ya que la mañana estaba fresca y se podía caminar. No sé por qué se me ocurrió ir al puerto. Tenía ganas, simplemente, pero quiero decir que hacía mucho que no iba, no sé cómo pensé.

En una calle de la ciudad vieja me crucé con el rebaño de los deformes, siempre una mala impresión. Avanzan lentamente, porque

algunos tienen que arrastrarse. Seres compuestos como al azar, una pierna y tres brazos, ojos por todas partes, todos se mueven como escarabajos. Al frente iba la maestrita, una niña casi. Ojos verdes. Me miró en forma demasiado prolongada. Hubiera querido hablarle, pero los deformes me cohibían, tantos ojos me miraban.

Parecía una muchacha muy buena, tan triste. Del rebaño salía una canción, como un himno; no estaba mal cantada. No entendí las palabras, excepto algo sobre el cemento.

* * *

Flotaban cosas en el agua y había mal olor. “No es día para venir al puerto” —pensé—. Algunas gaviotas. El horizonte rojo, nubes. “Quizás llueva” —me dije, y lo relacioné con la escasez de agua, pero es desconcertante porque no tiene mucho que ver. Nunca supe de qué dependía que hubiera o no hubiera agua. De llover, pasearía bajo la lluvia. Necesitaba agua, todo mi cuerpo.

Anduve por la escollera y luego por la rambla. En la playita no cabía un alfiler, todo repleto de gente. Crucé hasta el monumento y encontré a la maestrita junto a una palmera.

—¿Cómo puede soportarlos? —le pregunté, y me respondió, con una sonrisa, que hay que acostumbrarse. “Son adorables” —dijo. Yo hice un gesto, torciendo la boca. Le pregunté si no quería pasear, y dijo que tenía poco tiempo pero que, de todos modos, unos minutos podía concederme. Caminamos en silencio y luego la acompañé hasta la colonia; funciona en la catedral, semiderruida.

Le pregunté el nombre.

—Los chicos me dicen Ma.

—Creo que volveré a verla, Ma —dije, y le hice adiós junto a la puerta, moviendo tres dedos de la mano derecha como si tocara el piano.

Cuando me alejaba empezaron a sonar las campanas, y me apresuré porque tenía ganas de ir allá, a comer, no porque no tuviera dinero sino porque hacía tiempo que no iba y, a pesar de todo, extrañaba.

* * *

Se corrían rumores, se murmuraba. No dan más cuchara, porque las roban. ¿Cómo vamos a comer, metiendo la trompa en el plato? Uno que trataba de filtrarse mostrando una tarjeta amarilla; la cola no avanzaba. Yo no tenía apuro; sentado sobre el pasto, miraba más allá del alambrado. Hubiera vuelto a dormir. Me pregunté si “Ma” sería apócope de maestra o de mamá. De todos modos me desagradaba llamarla así. No se parecía a Lilli, pero me gustaba. De otro modo, no sé cómo explicarlo. Hubiera querido conocer su verdadero nombre. Empezaron a pasar con los platos de sopa, los viejos se tiraban la mitad encima. Algunos, en efecto, no tenían cuchara. Discriminación, pensé. La cola había perdido su forma y todos se amontonaban apretados, se peleaban. Tuvieron que suspender y ordenar de nuevo la fila, no veo qué apuro hay por comer, alcanza para todos.

Me levanté y decidí ubicarme, porque los que ya habían comido volvían a ponerse en la cola, por si conseguían otro plato.

* * *

La fuente tiene en el centro una estatua que representa a una mujer desnuda, toda blanca, sosteniendo un cántaro. En los buenos tiempos el cántaro echa un chorro de agua; ahora estaba seco. Arrojé un montón de dinero al centro de la rueda, y me miraron con estupor. Después de repartirlo hicieron preguntas, no quise dar demasiados detalles. No habían ido a la incursión, desconcertados por mi ausencia.

—Son unos holgazanes —dije, y la palabra los hizo reír. Les di también un par de atados de cigarrillos—. Necesito alcohol —dije—. Hoy. Ahora.

—Sílt —dijo el Ulises; había empezado otra vez con aquello de Joyce, lo sabía todo de memoria.

Les conté de la maestra y se decepcionaron, esperaban detalles eróticos. Pero a la Chancha se le iluminaron los ojos.

—Me acuerdo —dijo—. Hay un clavecín. En la catedral.

Todos se animaron, pero adopté un gesto hosco.

—Apenas la conozco —dije, y vi que era inútil, porque se movilizaban.

—Y de ahí al hospital —dijeron, llenos de entusiasmo; el Gusano dijo que no, que primero al hospital, pero era muy temprano. De todos modos, yo, borrachos, no los llevaría. Aun así tenía mis reservas. No sé hasta qué punto podía confiar en ellos.

* * *

El Gusano reptaba y se retorció, llorando. Yo estaba agachado, apretándome la nuca con las manos. Creo que lloraba, también. No importaba que el clave estuviera bastante arruinado. Cuando hubo silencio pedí la fantasía cromática y fuga. La Chancha se limpió las manos en el pantalón y comenzó. De pronto vi que empezaban a aparecer los deformes. Cerré los ojos.

Hasta un rato después no me di cuenta de que Ma se había deslizado junto a mí. “Cuidado” —le susurré al oído, señalándole a mis compañeros. Todos estaban abstraídos en la música, sufrían bárbaramente. Ella asintió.

No sé para qué vino. Me puse nervioso y me distraje. Cuando advertí que la música estaba por terminar le dije que se fuera y se encerrara, mañana la vería. Le besé una mano.

* * *

Los enfermos lograron atrincherarse, llenaron la entrada de obstáculos. Tratando de derribar la puerta le rompimos la muleta al Rengo, que se puso a maldecir. Al fin la puerta cedió y entramos todos juntos, de golpe; los enfermos desaparecieron. A la entrada del laboratorio vimos al médico, cruzado de brazos.

—Apártese —dijo Horacio, y el médico movió la cabeza. Tenía lentes gruesos y era calvo.

—No queremos lastimarlo —dijo el Rengo, que se agarraba del Enano para no caerse.

—Apreciamos su obra, doctor —le dije— y tenemos un poco de dinero. Podemos entendernos.

Movió la cabeza, tercamente. Avancé y lo empujé a un costado; me dio un puñetazo en el pecho que me hizo tambalear.

Entonces avanzamos todos juntos.

—¡Con cuidado! —gritó el Gusano, y tratamos de filtrarnos entre los golpes.

—¡Los enfermos! —sentí que gritaban, y me di vuelta y los vi, venían hacia nosotros empujando camillas y otros objetos contundentes y deslizables. Flacos, con pijamas blancos, parecían fantasmas, las caras macilentas.

No queríamos hacer daño; nos obligaron. Se rompieron un montón de cosas, y algún enfermo quedó malparado. Yo agarré una damajuana de diez litros, pero la Chancha me dijo que primero le tomara el olor, podía ser eucaliptado. Cuando todo terminó nos reunimos en la fuente.

* * *

—¡Llilli! —grité, y comencé a trastabillar detrás de ella. El pañuelo blanco en la cabeza, la forma de las piernas, las botitas de cuero, negras, con el borde de piel blanca. Pero no era ella, y cuando doblé la esquina fui a caer en brazos de las gordas. No pude huir, casi me deshacen, se pelearon entre ellas y yo vomitaba.

Me llevaron a una casa, trataron de reanimarme con café, me despabilé un poco pero me hacía más el borracho, buscaba la manera de escapar. No pude.

Me desnudaron, se desnudaron, se me tiraban encima, siempre peleando, esos cuerpos horribles; yo vomitaba pero ya no me quedaba nada en el estómago.

* * *

Amanecí en las ruinas. Por suerte estaba vestido, pero no tenía nada de dinero. Vi que el sol estaba alto. Me dolía la cabeza, tenía la lengua hinchada, el estómago un fuego. Al incorporarme sentí un dolor terrible en los testículos.

Me agarré de las paredes, tambaleaba, el sol me hacía mal a la vista; imaginé que tenía los ojos llenos de sangre, no los podía abrir bien y veía rojo. Me eché de nuevo a la sombra, la garganta reseca.

—Agua —dije, pero no me podía mover. Cuando desperté, llovía.

* * *

No quise ir a la rueda, ni podía ver a Ma en este estado. Fui a la pieza y me tiré en el suelo. Magenta no hizo preguntas. Trajo algo de comer, mordisqueé un poco, y le pedí agua. De noche empezó a caer la gente y me despertaban, sin consideración. Grité que se callaran, pero no hicieron caso. Vaya por las veces que yo cantaba y gritaba, dijeron. A las diez se apagó la luz. La italiana se quejaba dulcemente, me tapé la

cabeza con la almohada. Magenta me mordió un hombro y le dije que se fuera, ella sabe que yo deseo a la italiana y me da celos cuando hace el amor con el marido, casi todas las noches.

Le pedí a Magenta más agua, la garganta reseca. Dice que volvió y me encontró dormido.

* * *

Varios días después.

—Pensé que no te vería —dijo Ma, y noté un dulce tono de reproche.

—Hubo problemas —respondí, sin explicar nada, ni siquiera que el día de ayer lo había pasado bajo la palmera, junto al monumento, pensando verla, sin animarme a ir a la catedral.

Notó mi malhumor. Caminábamos.

—Necesito estar a solas, contigo —le dije—. No hay ningún sitio. El túnel no, la catedral no, un lugar limpio y vacío, tal vez las ruinas, pero es peligroso, y me gustaría que hubiese pasto, y árboles, y quisiera estar limpio, yo mismo no me soporto la transpiración, que todo fuera distinto, ¿comprendes?

Sonrió y me apretó la mano, y dijo que no le importaba nada de eso. Fuimos a las ruinas. Había cerrazón, era de tarde, muy poca luz. Me tendí entre escombros y apoyó su cabeza en mi estómago. Me pidió que le recitara.

—No sé —dije; insistió, me trabé en la mitad de un poema de Neruda y no quise continuar. Entonces ella recitó en francés, como si conversara, algo muy suave y muy triste, no pude comprender más que frases sueltas o palabras, me hizo acordar a la versión de Yves Montand de un poema de Prévert, Bárbara, el mismo ambiente de lluvia o quizás era la forma de recitar. Le acaricié los senos por encima del vestido, nos besamos, no me despertó ningún deseo, era distinto, algo nuevo, quería acariciarle los cabellos y me hacía pensar en la gelatina o en los viajes por mar, me sentía viejo y cansado.

Me dijo si no la quería, que estaba distante, le dije que no era eso, que no podía explicarlo porque yo mismo no sabía, que no debíamos hablar.

—Dime que nunca nos separaremos —dijo.

—Nunca —respondí, y la cubrí con el cuerpo, apretándola en un rincón, achatándola contra el suelo irregular; pasaban los tullidos, buscando, golpeteando con las muletas. Sentí verdadero terror, Ma no se daba cuenta de lo que sucedía, le tapé la boca con la mano.

La cerrazón nos ayudó, pasaron cerca sin vernos, Ma trataba de moverse, quise transmitirle con el cuerpo mi sensación de angustia. Buscaban, golpeteaban, tropezaban con cascotes y maldecían, alcancé a ver un trozo de tela negra y la madera de una muleta.

—Ya pasó —le dije después, y el camino de regreso lo hizo muy apretada contra mí, ahora tenía miedo.

* * *

El informe de Horacio estaba lleno de tecnicismos y era muy largo. Me aburrí.

—...de lo que se desprende —finalizaba, trepado en la piedra, sobretodo oscuro y lentes— la conclusión inevitable que, dado que la materia de la gelatina es indestructible (no fragmentable y, por lo tanto, no comestible), debemos desechar la idea propuesta y, por el contrario, aguardar con resignación a que, tarde o temprano, ella nos devore a nosotros, dentro del plazo previsto (con la lógica dificultad de aproximación), de entre uno y diez años.

Alguien aplaudió, otro hizo un ruido grosero con la boca. Rechacé el mate porque todavía tenía el estómago maltrecho.

Llevé a Horacio aparte y le hablé de Lilli. Me dijo que, aparentemente, era un problema insoluble, que sólo podía, en último caso, resolverse por casualidad pero que, de cualquier manera, necesitaba saber todos los detalles antes de dar un juicio definitivo.

—No, no —me dijo, porque yo la describía, el pelo muy negro, los ojos negros, las botitas con piel alrededor, piernas perfectas—. No, no: yo no voy a salir a buscarla, M.T.; me refiero al lugar del encuentro, esos detalles.

—Fue en el borbollón —le dije, y lo vi mover la cabeza con aire triste, desesperanzado—. Después le hablé del túnel, pero dijo que el túnel no, y yo pensé que tenía razón, y le dije que en la pieza tampoco, hay mucha gente, y ella no ofreció ninguna solución; yo no tengo dinero, le dije, y ella me dijo que tratara de conseguir y que mientras tanto me esperaba en algún lado, yo pregunté en dónde, y tenía la sensación de que quería darme el esquinazo; no me resignaba a que se me fuera, ella dijo que en la confitería, allí es un lugar seguro, a mí no me gusta porque allí van hombres elegantes, de pronto se dejaba seducir por un traje, o por un peinado a la gomina, de raya al costado, pero no tuve más remedio que aceptar y ella fue y se sentó y me sonrió a través de la vidriera, yo me alejaba mortificado, sentía que la estaba perdiendo, no sé si te aburro con estos detalles, pero es todo, no tengo nada más concreto, Horacio, tardé mucho en volver, ella no estaba, tiré el dinero a la vereda y se armó la gran pelotera en el borbollón, se mataban, rompí la vidriera con las manos, me llené de tajos.

—¿Volviste a la confitería? —preguntó Horacio. Tenía los ojos entornados, pensaba, es una máquina de pensar.

—Todos los días. Me bañaba y me afeitaba en el Termas Club, me compré un traje, no apareció nunca.

—¿Algo de la conversación?

—Hablaba mucho, pero en concreto nada; que no le gustaba el borbollón, había ido por aburrimiento.

—¿El ómnibus?

—No lo mencionó.

—¿Lenguaje?

—Culto.

—Bueno —se rascó la cabeza—. Da la impresión de ser una chica bien, probablemente de la zona arbolada. ¿Probaste allí?

—Todos los días, todas las noches, las manos en los bolsillos, aullando a la luna.

—Podrías volver a probar —comentó, sin entusiasmo—. Es difícil. Una aguja en un pajar, por supuesto. Yo insistiría en la zona arbolada, y en la confitería.

—No puedo volver a eso, Horacio —le dije, meneando la cabeza—. No puedo pensar en un traje nuevamente, o en el Termas.

—¿Prejuicios? —sonrió irónicamente—. ¿Por qué un traje? —se rascó la nariz con el pulgar.

* * *

Fui al borbollón. No para buscar a Lilli, Horacio me había decepcionado, sino para jugar con la depresión. Había descubierto que si no movía los pies la gente igual me llevaba, y a veces el apretujamiento, los pisotones, el manoseo, me producían un placer masoquista, y la emoción del riesgo de caerme, así, con las manos en los bolsillos. En una oportunidad me empujaron contra una vidriera, pero no se rompió; me golpeé un poco la cabeza, después volvieron a arrastrarme.

Un largo trecho con la nariz metida en el gorro de piel de una vieja, olía a naftalina, lo respiraba con fruición y me emborrachaba, me hacía doler la cabeza. Después logré acomodarme contra el cuerpo de una mujer de cierta edad, alta, de carne dura, y le apoyaba la barbilla en la columna vertebral, me pareció que le gustaba. Uno de lentes, con una cómica barba en punta, calvicie prematura, se obstinaba en caminar contra el borbollón, en realidad retrocedía. Le saqué la lengua. Después me metí entre dos mujeres y les pasé los brazos por los hombros y me colgué, doblando las rodillas, y al principio se reían pero se cansaron y casi me dejan caer.

Abandoné la vereda y caminé por el asfalto blando, los zapatos se me pegaban y me costaba avanzar, la gente no comprendía y me señalaban para reírse. Pasé entre los cascajos amontonados, se hundían progresivamente en el asfalto, alguna vez fueron automóviles, ahora inamovibles. Por fin logré cansarme y me fui, a dormir.

* * *

—Deja tus guantes junto al río —le dije a Lilli, y la convidé con un trozo de chocolate amargo; advertí que estaba soñando y en ese momento debí despertarme; no quise, pero de todos modos el sueño cambió y aparecieron las arañas y las dentaduras postizas. Cada vez más gente en la pieza, no sé quién los admite; no puedo quejarme, yo traje a Magenta y no protestaron mucho, pero es demasiado, los cuerpos casi se tocan, no puedo ubicarme en una posición transversal y tengo que dormir rígido, despierto cansado y sin ganas de nada.

Magenta se movió a mi lado, no trabajaba porque era viernes y me vi obligado a tener relaciones con ella, aunque no me gusta, pero supongo que forma parte de mis deberes de casado, y de todos modos quedó insatisfecha.

Me incorporé un poco y encendí un cigarrillo, apareció la náusea y esa irritación en el píloro. El conjunto de respiraciones, algunas asmáticas, y los ronquidos, me sugestionan y no puedo respirar bien. Tosí, y no me animé a escupir porque imaginé que no había sitio. Me levanté y fui al baño, por más cuidado que puse no pude evitar pisar algún trozo de alguien, me putearon furiosamente. Entonces no me animé a volver, probé dormir sobre los mosaicos del patio pero en seguida me vino la puntada en el omóplato y tuve miedo por los pulmones.

Regresé a la pieza, volví a pisar donde no debía y volvieron a putearme, y la gente murmuró y luego se generalizó una discusión, de la que me mantuve al margen. Encendí un fósforo para ver a quién tenía a la derecha, a la izquierda estaba Magenta, con la esperanza de que fuera la italiana, pero era el viejo desdentado, que me miró con el ojo de pájaro y preguntó si nunca dormía. No le respondí y traté de dormir; estaba desganado y tenía deseos indescifrables.

Tampoco pude pensar en Lilli y al fin pensé en Ma, dónde podría llevarla al día siguiente, y pensé que lo nuestro no podía durar, por alguna razón era absurdo, la culpa era de ella, no sé qué veía en mí, pero yo la buscaba, y para qué. No había muchos lugares para elegir, las ruinas, no podía llevarla a la fuente porque, tarde o temprano, la violarían, no me hubiese extrañado que hasta hubieran llegado a violar a la estatua. El Gusano le besaba los senos y le acariciaba las nalgas.

Algún lugar verde, árboles, pasto, desierto. Magenta descubrió que me había despertado y se puso cargosa, le dije alguna grosería y le di la espalda. Me interrumpió el hilo de los pensamientos, en ese momento había presentado un lugar, se había formado en mi mente no como presencia sino como un vacío, un anhelo, pero sabía que estaba en mi memoria, que era real, no sólo un anhelo, tal vez un recuerdo de la infancia, algún sitio inaccesible o ya inexistente, o un recuerdo deformado, de alguna mata alta, o un plantío de tomateras. Me dormí.

* * *

—Tenemos que irnos de aquí, es insoportable —me dijo Magenta, al día siguiente.

—De acuerdo —respondí.

* * *

—Podrías venir a la catedral —dijo Ma—. Las ruinas están ocupadas, llenas de gente, pero hay una pieza que hasta tiene llave, y nadie la ocupa por temor a un próximo derrumbe. Puede ser peligroso, digo yo, con un viento fuerte, pero de pronto te vendría bien, al menos por un tiempo, o podrías inventar algún tipo de protección.

—No hay problema —respondí—. Quiero mudarme ahora.

—¿Tienes muchas cosas? —preguntó.

—Nada.

* * *

Ma consiguió arpilleras, y nos tendimos sobre algunas y con otras nos tapamos. Ella sin duda esperaba que yo. Pero yo me sentía muy bien así, a solas con ella, y de pronto me di cuenta de que hasta ella me molestaba, que quería estar solo, completamente solo, encerrado con

llave. “¿Qué me pasa?” —pensé—. “¿Estoy tan viejo que aún esta niña me molesta?”.

Percibí que realizaba unos movimientos complicados, y tenía el rostro encendido. Tomé las arpilleras-frazadas por una esquina y las levanté, se había desnudado. “Bien, bien” —le dije—. “Verás que no estoy tan muerto como tú pensabas”.

No era virgen, sabía hacer el amor, pero de todos modos hizo que me odiara a mi mismo. Nunca había pensado en ella en ese sentido. No sé si llegó a advertir mi preocupación, esa falta de espontaneidad. Me pareció que todo se había echado a perder, que había empezado a pudrirse. “Se acelera el proceso” —pensé, y el resto del día lo pasé encerrado allí dentro, sin comer, cavilando. En un momento dado se movió el picaporte, sería Ma pero no quise abrir, preferí que creyera que había salido. De noche dormí muy bien, el piso era duro y frío pero las arpilleras hacían un buen trabajo, y me pude revolcar a gusto: amanecí sin arpilleras, en el otro extremo.

* * *

Varios días después. La experiencia de soledad me hizo bien, Ma miraba con la boca abierta cuando le alcancé el rollo de arpilleras.

—Es inútil —le dije—. No quiero abusar de tu hospitalidad, no te quiero, no quiero acostarme contigo. Me gusta cómo recitas en francés, te quiero como a una hermana, me da asco, no de ti, sino de mí, incesto o algo similar, no funciona.

Era de tarde, quedó llorando, le pasé la mano por el pelo y me fui a la rueda, en la fuente. Me senté en la piedra y me dijeron que estaba muy flaco, si era amor o hambre.

—Me acordé de un detalle —le dije, aparte, a Horacio—. Hablaba mucho de Pergolesi.

Se golpeó la frente con la palma de la mano y adquirió una sonrisa tan de felicidad que parecía cruel. Temí que dijera “eureka”.

—No te excites —le dije, porque tartamudeaba. Dijo que con toda seguridad debía ser de los traumatados del City, ese lugar donde la gente culta se encuentra y se emborracha clandestinamente, famosa cafetería, pero bajo cuerda, dicen, sirven incluso alcohol de primus.

—¿Te parece? —pregunté, adelantando el labio inferior (indicando decepción).

—Seguro —dijo.

* * *

No podía creerlo, mi mala suerte, siempre, invariablemente. Algo me impedía ubicar al City y, claro, las rayas coloradas. Igual me interné, con mucho cuidado, porque a veces la gelatina es muy poco visible, pero no esperaba ninguna buena sorpresa.

La gelatina llegaba justo hasta la mitad del café; la otra mitad, por supuesto, desierta.

Vagué por las manzanas evacuadas, qué extraño me resultaba ver las calles vacías, casas, apartamentos enteros, completamente

desocupados, ni un alma. “Un desperdicio” —pensé, y me alejé rápidamente, porque la gelatina podía crecer en cualquier momento, pero me llamaron de una esquina, justo a la altura de una línea roja.

Ruth, la querida vieja gorda, asomada a una ventana de la planta baja.

—Vieja estúpida —le dije, besándola en una mejilla. Apoyé mis manos en el borde exterior de la ventana y eché un vistazo desconfiado hacia la gelatina—. Me hubieras pedido cianuro, es más simpático.

—Entra —me dijo—. ¿O tienes miedo?

—Sí, tengo miedo —le dije, pero entré igual.

Un regio apartamento.

—Descubrimiento mío —dijo, con orgullo—. Las líneas se pintan con un margen de seguridad, una exageración. Las van corriendo y yo me mudo, siempre es distinto, nuevos ambientes. Ellos salen y yo entro. ¿Quieres una coca cola de la frigidaire?

—Nervios de acero —le dije—. El crecimiento es previsible dentro de ciertos límites; un día te despiertas y ya no más Ruth — le dije—. Tenías que haber escuchado a Horacio, el informe sobre —le dije—. Hay que ser vieja estúpida.

—Por eso —me dijo—. Soy vieja, pero no tan estúpida. Quiero pasar lo que me queda como lo que soy, una verdadera reina, toda la vida llena de pulgas, alguna vez tenía que ser distinto, me baño dos veces por día y calefacción. ¿Quieres escuchar discos? Charles Aznavour en español, Cafrune, una discoteca completa, todos longplay. Larga duración.

También insistió con la coca cola, pero le pedí alcohol.

—¡Alcohol! —dijo—. ¡Ordinario! Hay scotch, auténtico. Pero igual te puedo mostrar la frigidaire, se prende una luz adentro.

No quise desanimarla.

—No le cuentes a nadie —dijo—, si no, por más que hay miles de casas en estas condiciones, al final no me van a dejar sitio.

—No hay cuidado —le dije, saboreando el whisky, pero no me gustó; no sé si me habría hecho el paladar al alcohol puro; hasta me gustaba más el rectificado. Pero tampoco hice comentarios. Ruth era muy feliz, y yo estaba feliz de verla feliz.

—¿Te quedas a dormir? —preguntó—. Hay cuarto de huéspedes completo, una maravilla, baño con azulejos y bidé.

—¿Agua caliente? —pregunté.

—Desde luego. Y bañera.

Me olvidé de la gelatina. Tuve que tirar casi en seguida la primera agua y volver a llenar la bañera, tanta mugre tenía encima.

—Qué flaco estás —dijo Ruth. Entró y me miró flotar, había hinchado los pulmones y subía, soltaba el aire y me iba para abajo. Le pedí que

se fuera porque me daba vergüenza que mirara. Volvió a la hora y me encontró dormido.

—Te vas a ahogar o morir de una pulmonía u otras causas —dijo—. Es malo estar tanto tiempo.

Me acomodó, todavía un poco húmedo, en una inmensa cama de dos plazas.

—¿Enciendo la calefacción? —preguntó.

—Por Dios, no —le dije, y nos deseamos buenas noches y, como dijo ella, se retiró a sus habitaciones.

* * *

Cuando al día siguiente salí a la calle casi caigo muerto de un síncope, ver a la gelatina a veinte centímetros casi de mi nariz. Las líneas rojas habían sido sin duda corridas varias cuerdas, porque no estaban más a la vista.

—¡Vieja loca! —le grité por la ventana, y ella estaba aún en la cama y vi cómo se le sacudía la barriga con la risa—. ¿No viste dónde está la gelatina? Nos salvamos por un pelo, no me agarras más con tu lujo desenfadado. —Ella siguió riendo y me hizo adiós con una mano que sacó de entre las sábanas. Me encogí de hombros y fui a ver a Anselmo.

* * *

A la tarde.

Horacio me preguntó qué tal me había ido, y le dije que al City lo había tragado la gelatina, no supo decirme a dónde se había mudado la gente, quizás dispersado.

—Te va a ser más difícil, ahora —dijo, pellizcándose el mentón—. Una pena.

* * *

—Habría que hacer algo —dije, y chupé la bombilla. Todos me miraban, yo siempre tenía alguna inquietud, aunque mis ideas no resultaran.

—¿Algo como qué? —preguntó la Chancha, sin agarrar el sentido de mis palabras.

—No sé, no sé —dije, e hice un gesto vago—. Algo con la gelatina, con los ciegos, con la ciudad, no camina, ¿no ven? Envejecemos, hoy le dije a Anselmo, no me entendió, por supuesto, él en su agujero pero nosotros, ¿qué? —El mate hizo ruido y se lo devolví al Rengo, que me escuchaba atentamente, le hice una inclinación con la cabeza, agradeciendo.

—Concretamente— dijo el Ulises.

—Concretamente, nada —respondí—. Es algo que siento, no sé explicarlo, algo que falta, o que sobra, no sé.

—Creo que agarro —dijo la Chancha—. Debe ser como un clavecín, hay días en que uno quiere tocar, pero no siempre, y hay días en que, lo mismo, necesitaría ser expresado de otra manera, digo yo, de pronto, por ejemplo, socialmente, llevarles de comer a los ciegos, o buscar la forma de destruir a la gelatina.

Moví la cabeza de un modo raro, como diciendo que era así pero no del todo.

El Enano, yo sabía que iba a abrir la boca para nombrarla, lo debo tener obsesionado.

—Como buscar a Lilli —dijo, el Enano—. Una redada general, entre todos.

Me fui a la pieza con un sentimiento indescifrable, ganas de no acostarme, de hacer algo.

* * *

Magenta nunca me hace reproches, pero, dijo, esta vez me había pasado de listo, la gente hacía comentarios, incluso propuestas de un hombre, vocación de manager.

—Oídos sordos —respondí, me fui a acostar con expresión de matón, mirándolos desafiante.

* * *

Había, en realidad, más gente. No pude soportarlo, no después de la catedral y de Ruth, de la soledad; el contacto con cuerpos era inevitable, una cabeza sobre mis pantorrillas. Magenta y yo los dos sobre los costados, boca arriba no cabíamos, insufrible, ya, la mezcla de olores.

—Tus cosas y vámonos —le dije a Magenta, serían las tres de la mañana, sin pegar los ojos.

—¿A dónde? —preguntó.

—No sé —respondí—. Aquí no, no más, basta.

* * *

—¿El túnel? —consultó; le dije que no. Es lejos, prefiero no dormir, igual por una noche, y hay poco aire. No es solución. “¿Dónde dormías, antes?” —pregunté.

—Con las muchachas —respondió— por tumos, variables, un fastidio.

Tanteé el terreno pero vi que no quería volver allá. Estaba la catedral, pero haría sufrir a Ma, cómo explicarle. ¿La solución de Ruth? No tengo agallas, si fuera realmente viejo, tal vez, pero a lo mejor tampoco.

Nos recostamos a las maderas del almacén, apoyados mutuamente dormitamos parados, cierto que en forma irregular, nunca profunda.

* * *

Después, discutimos. Agriamente. Por fin, me serené y le dije, para terminar:

—Tú por tu lado y yo por el mío. Yo me acomodo en cualquier sitio, no sé, también tú. El problema es los dos juntos. Algún día puede que volvamos a vernos. Ahora, adiós.

Eché a andar, aliviado. Me pareció que todo marcharía mejor así. Sí se tratara de Llilli sería distinto, yo sé que sería capaz de romperme la cabeza y encontrar una solución, pero Magenta no me inspiraba, no valía la pena. “¿Qué sabes tú de Pergolesi?”, hubiera querido decirle, pero para qué mortificarla, mejor así.

* * *

Me puse boca abajo y hundiendo un poco la cabeza en el agujero grité:

—¿Te hace falta mano de obra?

Salió una cabeza, pero no era Anselmo, sino un muchacho joven. Después apareció Anselmo.

—Contraté a un obrero —dijo—. Se llama Luis.

—Mucho gusto, Luis —le dije, pero no pudimos estrecharnos las manos porque las necesitaba para agarrarse del borde.

—De todos modos, sabes, siempre hay algo para ti —dijo Anselmo, y me di cuenta de que no era sincero, que no me necesitaba para nada, nunca le serví de mucho.

—No, gracias, era una broma —dije, sonriente, incorporándome. Mientras me alejaba di vuelta la cabeza y le grité:

—¿Cómo marchan las cosas?

—Así, así —dijo, y vi que las cabezas desaparecían.

* * *

Una semana después, aproximadamente.

Cansado, noche y día, del parque, decidí abandonarlo y esa tarde fui a la rueda, sin tener una noción exacta de lo que haría luego, cuando llegara el momento de encontrar un lugar para pasar la noche. Me sentí desolado, ese montón de cadáveres desnudos, no lo podía creer.

Algo se arrastró a mis pies y trepó, aferrándose a mis pantalones, el Gusano.

—Te das cuenta —me dijo, y lloraba.

—¿El único? —pregunté, y dijo que sí.

—¿El Rengo?

—¿La Chancha?

—¿El Ulises?

Movía la cabeza, entre afirmativa y negativamente, siempre igual.

—¿Horacio?

—¿El Enano?

(Una pausa más larga). — ¿Y tú?

—Yo estaba en la fuente, no importa lo que estaba haciendo, lo cierto es que no me vieron, pero para el caso es lo mismo, tuve que sufrirlo todo, llegaron los tullidos, nos odiaron siempre, eran más que nunca, cientos, los camaradas se defendieron como leones, como tigres salvajes, verdaderas fieras, sucumbieron ante el número, yo sin poder hacer nada, comprendes, soy cobarde, y era inútil. El Enano hizo una carnicería, Horacio, nunca pensé que se defendiera tan bien, el Rengo, todos, pero inútil, se llevaron todo, desnudaron hasta a sus propios compañeros caídos.

No habían roto la fuente, pero ya no tenía sentido, diosa de mármol, el cántaro vacío, el Rengo, el Enano, el Ulises, la Chancha, Horacio.

—¿Y Ruth? —pregunté.

—Hace tiempo que no viene, por suerte se salvó, aunque a lo mejor ya estaba muerta de antes, nunca más la vimos.

* * *

—¡M.T.! —gritó el Gusano, al ver que me alejaba, pero no me di vuelta. Lo quería al Gusano, pero se me hubiera pegado, después qué hacía con él, todo el tiempo.

—¡Marco! —gritó, pero no me di vuelta.

* * *

Traté de seguir una línea lógica en mi búsqueda, pero había miles de casas y no pude saber, cansado ya, si a Ruth se la habría tragado la gelatina o si se habría mudado lejos. Golpeé muchas puertas, grité muchas veces su nombre a través de ventanas, y repetí mi búsqueda al día siguiente, sin resultado.

“Este es un caso”, pensé, “del que nada puede saberse a ciencia cierta”.

* * *

No, no me habitué al parque, en verano tal vez, pero hace mucho frío por las noches, ahora, y cada vez peor, lo terrible es el rocío, o la helada, uno se despierta duro por las madrugadas, el aire quema como fuego al pasar por la nariz, uno se enferma, la ropa toda mojada, como si le hubieran tirado un balde de agua por encima, la tos. Hay gente que puede hacerlo, yo no, no estoy acostumbrado.

* * *

La pieza repleta, lo imaginaba. Algunos ya no estaban, no pude darme cuenta exacta porque había mucha gente. El del sombrero sí estaba, ya dormido. No vi a la italiana, pero el marido estaba en un rincón, ella debía andar por ahí, o se habría ido. Lo cierto es que no había sitio para mí, a pesar de que, estoy seguro, vendría aún más gente. Pero yo

no, soy muy delicado, tanta gente me molesta, no puedo dormir sobre otros cuerpos, o sentado, y ese olor.

* * *

Cambié el sueño. Me iba a dormir de día, a las ruinas, de noche vagaba, muerto de frío, no comía bien. Conseguí un sobretodo, pero el frío venía de adentro.

* * *

Ma pensó, estoy seguro, que era por la pieza, y quizás tuviera razón, pero yo me dije que necesitaba verla, nuevamente la estaba buscando, sin saber del todo por qué. Había un maestro nuevo que la ayudaba, dijo, un muchacho joven, estaban de novios, me pareció bien. Dijo que podía compartir la pieza con él, pero le aseguré que no necesitaba, sólo quería saludarla, me alegró verla contenta.

Apareció un deforme, me reconoció, trató de subírseme encima, con los labios en trompa.

—Los chicos se acuerdan —dijo Ma—. A veces preguntan por ti, no seas malo, no ves que quiere darte un beso.

Le puse la mejilla, pero no me dio asco, incluso me despertó cierta ternura, podría parecer hasta hermoso, para qué tantos ojos. Vino el maestro, me miró con curiosidad, lo saludé.

Me hubiera gustado que Ma recitara en francés, pero no había ambiente, momento inoportuno.

—Bueno, bueno —dije, e hice como que miraba el reloj, aunque Ma podría imaginarse que no tenía—. Me alegro de verte bien, ya tendremos oportunidad de charlar con más tiempo.

* * *

Me levanté justo para llegar al puerto y ver la puesta de sol, hacía unos días que había descubierto que era un espectáculo interesante, el óvalo violeta, fragmentado por nubecillas, que se hincha sobre el cielo rojo, el mar lo traga y todo es violeta por unos instantes, luego la noche.

Fui al borbollón, no me produjo emociones, conseguí una hermosa billetera pero con poco dinero, caminé por el asfalto, pensé que podía quedarme parado ahí y hundirme, pero llevaría mucho tiempo, al fin me iba a aburrir, y, de todos modos, no pasaría quizás de los tobillos.

Como siempre, al pasar por la confitería miré hacia adentro, con la esperanza de siempre, casi un reflejo condicionado. Llilli.

Reía, en una mesa, varias personas a su alrededor, muy elegante, su desafiante perfil, los negros cabellos que ahora había trenzado, esa profundidad alegre de los ojos, las manos.

Entré, me senté en una mesa próxima y la miraba, me miró un par de veces sin querer reconocirme, vino el mozo y le pedí un té, puso cara extraña, claro, por mis ropas.

Llilli, adorable, no la había embellecido con el recuerdo, viéndola era mejor que el mejor recuerdo. Al fin notó la insistencia de mi mirada y

me saludó, con una sonrisa, después todos se levantaron para irse, hombres y mujeres, yo me levanté y le toqué un hombro, le dije “te acuerdas de mí”, me dijo “sí, Marco Tulio”, y rió, no sé si de mí, le dije “quiero verte”, dijo “ahora, no”, dije “cuándo”, dijo “mañana a las ocho, aquí”, y se metieron todos en el borbollón. Pagué el té sin tomarlo y también me metí en el borbollón.

“Lilli” —pensé.

* * *

Las ocho, las nueve, las diez, las once, las doce, me había disfrazado de caballero, tomé litros de té, el mozo me miraba, Lilli no apareció, lo sabía.

* * *

Me sumergí en la bañera y me dormí, desperté un tiempo después y me acosté a dormir en una gran cama.

Compuse una plegaria a la gelatina, madre nuestra, acógenos en tu regazo, pensé en Ruth, en el Rengo, en la Chancha, en Horacio, en el Enano, en el Ulises, también en el Gusano y en Magenta, y en Ma, y en el deforme que me besó, y en mí.

“Lilli” —pensé.

* * *

A la mañana siguiente.

Abrí la ventana, tiré de la correa que sube la persiana, y empezó a entrar como un bulto transparente, en forma lenta, algo que crecía, tenía algunas burbujas de aire, me hizo acordar a la miel, pero más sólida, como carne. Traté de cerrar la ventana pero fue imposible, aquello no podía pararse con nada.

Me vestí apresuradamente, sintiéndome ridículo en ese traje, y abrí, con mucho cuidado, la puerta del apartamento; no había gelatina; comencé a bajar la escalera en dirección a la planta baja, pero la gelatina se había colado por la puerta de calle y subía la escalera, lenta e inexorable, como leche que hierve; di vuelta y comencé a subir.

La gelatina que entraba por la ventana de la pieza en que dormí, todavía no había empezado a salir por la puerta del apartamento; seguí hasta el segundo piso, probé las puertas, pero estaban cerradas; lo mismo en el tercero, y en el cuarto.

En el quinto había una puerta abierta; entré, cerré, miré a través de los vidrios de la ventana a la calle y allí estaba, pegada contra los vidrios, no se veía casi la vereda de enfrente.

Me atacó la claustrofobia, sabía que, aunque los vidrios resistieran, de todos modos habría de morir, y de una manera lenta, asfixiado, de hambre, o de sed, y yo no quería que sucediera así, tampoco tenía coraje para meterme en la gelatina, anoche hubiera sido distinto, ahora no.

Recorrí la casa, examinando todas las ventanas. Al fondo había un baño de servicio, con una ventanita estrecha, libre de gelatina.

Cinco pisos. Abajo, un patio vacío.

Saqué el cuerpo a través de la ventanita, tratando de actuar serenamente y de no mirar hacia abajo (por el vértigo).

Me agarré de un caño de desagüe, calcé los pies en unas salientes, no sé cómo, parecía que con las uñas me prendía a la pared, empecé a transpirar y me picaba la espalda, me picaban la cara y especialmente la nariz, toda la cabeza. Tenía la plena seguridad de que nunca llegaría vivo. El instinto de conservación era superior a mí; muchas veces quise soltarme y terminar, pero las manos se agarraban solas, los pies se afirmaban solos en salientes despreciables, en bordes de ventanas; tenía calambres en todos los músculos y de vez en cuando me ponía a temblar, y el corazón bailaba en el pecho y subía hasta la garganta, después de un resbalón el pie volvió a afirmarse pero estuve cerca de una hora, o varias horas, o no sé cuánto, sin poderme mover; luego, de vuelta a bajar, otra vez, hasta que al fin decidí soltarme de veras, no podía soportarlo más, miré para abajo creyendo estar todavía en el cuarto piso, o en el tercero, y me sacudió el espasmo de una risa cuando vi que mis pies casi rozaban el suelo del patio.

* * *

Atravesé la casa, me costaba moverme, todo me dolía, pero tenía que alejarme de allí.

* * *

Era el cura, ahora vestido de particular, no parecía tan desagradable como cuando cura. También vi a Magenta y a otros. Estaba en las ruinas.

—¿Qué quieren? —pregunté, con insolencia.

El cura sacó unas hojas escritas.

—Autos caratulados: Magenta Inés contra Marco Tulio. Abandono de hogar. Castigos corporales.

Traté de huir, pero era imposible; me atraparon en seguida. Una paliza brutal, me dejaron desnudo y magullado, pensé que tenía algún hueso roto, y no veía claro.

* * *

—En busca de nuevos horizontes —le dije al Gusano, él permanecía fiel, no sé cómo soportaba el olor de los cadáveres. La fuente, ahora, estaba rota (la estatua quebrada).

—Ya no manará agua del cántaro —dijo, y me pareció que estaba loco.

Junio, 1967